

El momento de don Gonzalo Jiménez de Quesada

Escribe: GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA

El lunes 16 de febrero del año del Señor de mil y quinientos y setenta y nueve años muere en Mariquita, lugar de su retiro, el glorioso Conquistador del Nuevo Reino de Granada y fundador de Bogotá, el Adelantado Don Gonzalo Jiménez de Quesada. Al cumplirse cuatro siglos de su muerte queremos evocar el instante cumbre de su vida, ocurrido en las Barrancas Bermejas al proseguir moribundo el camino en busca de las tierras de la sal.

Ocho meses van corridos desde aquel 5 de abril de 1536, en que el general, brioso el semblante, levantado el ánimo, reluciente el acero, oteando con su mente y su corazón el ideal, erigido en su caballo fruto auténtico de la vega andaluza, repasa sus tropas, frescas, vigorosas, en las que alternan hidalgos y plebeyos, conquistadores y aborígenes, arrebatados por seguir presto la derrota que los hará poderosos, a la vez que hará rebosar de dicha su corazón, bien puesto en la fe de Cristo, a quien ofrendarán millares de almas nuevas.

¿Qué encontrarán más allá del río de la Magdalena? ¿Qué les espera? Ninguno de ellos, porque no hay menguados, se arredra ante la muerte. Sólo el triunfo los embriaga. Y en nombre de Dios, 620 infantes, 85 caballeros y las mesnadas de aborígenes, inician la derrota. Herirán con los cascos de sus caballos el corazón mismo de la provincia de Chimila, arrumbarán a Tamalameque y de aquí al río de la Magdalena, cuyas riberas conocerán inhóspitas. Avizores, los guías comienzan el desfile. En los primeros días se desconoce la fatiga que trae la selva.

Jerónimo de la Inza alienta a sus bravos muchachos, cuyas hachas parecen embotarse ante los troncos milenarios que rechazan al hombre. Tremedales, ríos, lagunas, se suceden sin dejar hora de reposo. La hueste es numerosa y se mueve con dificultad; el río está lejos, y los guías, obsesionados por la selva, pierden el rumbo. Apenas salidos de Chiriguaná, la angustia recrudece. Tierras desiertas, pajonales ilimites, la sed que no se sacia, la fiebre que devora. Uno, dos, cincuenta han caído como buenos, víctimas del clima. Desasosegados andan los heridos por dardo venenoso y así morirán seis días más tarde. La derrota ha sido jalonada con cadáveres.

Pocabuy, la risueña provincia, viene como tierra de Promisión. Sus lagos, sus ríos, sus brazuelos, levantan el ánimo y las armas de Castilla hacen suyo este paraíso. Pocos días de descanso, porque es preciso seguir. Ya avistan la flota valerosa que, desafiando las Bocas de Ceniza, se lanzara río arriba: de cinco embarcaciones se salvan dos; otras habrán de venir al mando de Gallegos, que en letras es par del general.

No importa que cien hombres cayeran. El ideal, hecho vida, anima en don Gonzalo. Férreo carácter, voluntad jamás tocada de contrarios pensamientos, dominio perfecto de sus tropas, que miran, creen, y esperan en él. Animo resuelto que se comunica, a la manera de la corriente eléctrica, a cada uno de sus valientes, mientras a su cabeza vaya varón tan bien puesto, alma tan fuerte, corazón tan dulce, genio tan regocijado, nunca pensarán en retroceder.

Aquel ejército, que ya es de escombros, se pone de nuevo en movimiento, y por si alguno dudara de su valor, la brega se duplica. A los tremedales fatídicos, a la selva enmarañada, a los torrentes y precipicios, a las fieras cebadas, se suma la tempestad tropical con todos sus horrores. Pero allá van en pos del estandarte hecho jirones que muy en alto empuña el capitán García Zorro. Ya no se mueven, se diría más bien que se arrastran, los hombres centauros.

Fernández de Oviedo, el cronista incomparable, quien recoge de labios de Quesada la noticia de su heroica jornada, y a su vista tiene su "Gran Cuaderno" o "Recopilación Historial", pondera así la sin igual jornada:

“No me detengo en decir puntualmente los trabajos que este teniente y los españoles padecieron siguiéndole: basta que como hombre que ha treinta y cuatro años que ando por Indias merezco crédito, e oso decir que son tan excesivos los que en Indias padecen los cristianos que ninguno los puede pasar tan grandes ni tan intolerables en todas otras partes que hay cristianos por el mundo; y si estos pecadores mílites en el agua y en la tierra de diversas maneras padecían, peleando con los hombres, con las enfermedades, con la hambre, con la sed, con la calor, con el frío, con la desnudez e falta de vestir y calzado y del herraje y con la esterilidad de la tierra en muchas partes, con muchas ciénagas, abriendo los caminos por muy espesos boscajes y espinos y árboles a mano, con hachas y puñales, cansados y despeados, con tantos inconvenientes a cada paso, que no se pueden expresar ni cumplidamente decir.

“Todo lo más de aquella tierra lo andar los indios por el agua y cuando podían los nuestros salir en tierra era tanta la arboleda y matas y zarzas y otras plantas que, haciendo los caminos a mano, como es dicho, era una muy grande jornada poder andar dos leguas al día y con estas jornadas y trabajos cada día había difuntos y nuevos enfermos, sin se poder socorrer, ni excusar, sin camas y con grandes lluvias” (1).

Y así avanzan temerarios: ¡vencer o morir! Tal la consigna. Apoyados en báculos, sostenidos el uno contra el otro, puesta su suerte en Santa María de la Esperanza, llegan por fin al pueblo de la Tora. Ocho meses han pasado y tan sólo ciento cincuenta leguas han cubierto en su derrota.

Aquí, a la Tora, a las Barrancas Bermejas, quería traeros. Sobre sus áridos peñascos, los únicos que ha respetado el Magdalena en tan terrible creciente, asiéntase el Real que no es de guerreros sino de moribundos. De los 630 valientes, a los que se agregan los venidos en la armada, sólo resta la tercera parte. Todos parecen tocados de la locura tropical; deshechos, hambreados, escombros de lo que fueron, se preparan a invernar aquí.

Los días se suceden en inquietud desesperada. Los más resueltos llegan hasta el general y le piden los salve, los haga regre-

(1) Gonzalo Fernández de Oviedo: Historia General y Natural de Indias. Lib. XXVI, Cap. XVIII.

sar a Santa Marta. ¿Qué esperan, si la muerte se cierne sobre el campamento? ¿Dónde los grandes imperios, dónde el oro? Las bajas continúan; diariamente uno, dos, tres sin contestar a lista. Ante tan angustiada situación, defraudada la esperanza puesta en los valientes que se aventuraran río arriba; agotadas las fuerzas, don Gonzalo que de cosa estuvo tan ajeno como de volver paso atrás, “era hombre de espera”, sosiega con palabras, todo convicción, a sus derrengados y desengañados compañeros. Exalta en ellos, si posible aun más, el valor español, la constancia de su raza, el ejemplo de ilustres capitanes y empeña su palabra de morir para salvar el puñado de héroes que aun le resta. Estímulo mayor jamás se ofreciera al orgullo ibérico, sin que éste reaccionara.

Destácase a los bravos capitanes Cardozo y Albarracín; conquistadores del agitado Opón. El vértigo los lleva siempre más allá y un día descubren sus ojos febricitantes un fresco sendero y depósitos de blancos panes de sal, diferente a la de Santa Marta. Gritos jubilosos arranca la sorpresa de sus débiles pechos y rápidos como la corriente sobre que se deslizan, llevan al Real de la Tora la verdadera sal de la vida para aquellos desgraciados que ya no tienen voluntad. Muchas leguas fueron precisas para llegar al puerto de la sal; pero han vencido. Ahora ya nada alienta a los cadáveres que se arrastran por las Barrancas Bermejas y que de nuevo asaltan a su caudillo, que impasible, con política audacia y tenacidad heroica, distrae a los que talvez dieran cuenta de su vida si él osara mostrarse débil.

San Martín, cuyo ascendiente entre la tropa es grande, es llamado a dar testimonio del relato recogido de labios de Albarracín y de Cardozo, que ninguno quiere creer; torna aquel dejando destacadas guarniciones de moribundos que defiendan el paso que Dios les deparó. El prudente don Gonzalo, “vistiendo las verdades que refería con la facundia de voces y buena gracia de que lo dotó el cielo”, anima a sus huestes y se alista él primero, salvando así su vida, a repasar el Opón que señala la ruta del triunfo. Lo más granado de su gente lo sigue: aquí Venegas, Olalla, Del Junco, Pineda, Maldonado, Gómez de Cifuentes, se lanzan a la aventura; frente al Real permanecen San Martín y Suárez.

La jornada fue terrible. Desbordado el río, inundada la selva, hacen noche en las ramas de los árboles, en tanto que los caballos se entumescen con el agua a la cincha. “Y a questo trabajo,

dice Oviedo, les duró diez días continuos, comiendo raíces de árboles y no conocidas las más dellas; y no podían caminar en un día más de una legua y el mejor manjar que tuvieron en aquellas diez jornadas fue un perro que acaso se había ido con ellos de los que llevaban; y porque éste les duró poco, comenzaron a comer de las adargas que llevaban para su defensa” (2).

Los que aún tienen fuerzas, cincuenta leguas se adentran hasta coronar la serranía. El general, presa de la fiebre, hace campamento al pie mismo de la cordillera, en los últimos depósitos de sal descubiertos, en tanto que el valeroso Olalla deja su nombre al primer valle de la tierra buena.

Exhaustos, la tropa se reduce y quédase aquí y allí porque ya no hay fuerzas. Al cabo de cincuenta días empleados por el general en comprobar la existencia del puerto indígena de la sal, nuncio de ricas y florecientes tierras por descubrir, camino encontrado por los capitanes Cardozo y Albarracín, el Real entero, diezmado aún más, ve regresar a su jefe, en quien reconoce la imagen de la muerte. Las angustias, la fiebre, le han restado arrogancia; su voz es débil, el gesto se torna en mueca al querer ensayar su sonrisa habitual. ¿Qué ha de pensar Quesada al darse cuenta de la ausencia definitiva de muchos de sus héroes?.

El momento de Gonzalo Jiménez de Quesada ha llegado. Postrado en el lecho, la fiebre, la disentería, le aniquilan por horas. ¿A qué bregar más?, dícenle los escombros que restan de su florido ejército. Sálvese vuesamercéd y salve a los que aún quedamos. Los sobrevivientes sabremos poner muy en alto, ante don Pedro Fernández de Lugo, el nombre de nuestro general. Bastará que nos mire y no tendremos necesidad de ponderar nuestro heroísmo.

Silencioso espera don Gonzalo: reúne las fuerzas que le restan y por última vez anima a los suyos “diciéndoles que no se hablase en tan gran poquedad; que no era tal flaqueza permitida a españoles, y que los que habían de morir ya eran muertos, y que los que quedaban eran para quien Dios tenía aparejada muy buena ventura, y aquella tierra nueva que les mostraba, donde le pudiesen servir y descansar, después de tantos trabajos y volver ricos y honrados a España. Y que cuando tanta falta sus pecados le dejasen ver en ellos, que aunque no le queda-

(2) Lib. XXVI, Cap. XX.

sen sino mucho menos, no entendía volver atrás hasta hacer algún servicio a Dios y a su Rey, y descubrir aquella tierra que Nuestro Señor les había mostrado para que Cristo y su fe sagrada fuese servido y aumentada, y el Emperador, nuestro señor, muy colmado de tesoros y sus reinos de España enriquecidos por la industria y valor de tan animosos e fieles españoles, como serían los que le quisiesen seguir”.

Hacen sus bordones, recogen sus toldas y el Real inicia el éxodo. Los que están en trance de muerte, excepción hecha del propio Licenciado, quedan al cuidado del jefe de la armada, general Gallegos, y en alas de la temeridad, por las domeñadas aguas del Opón, bordeadas sus orillas y sometida la vertiginosa pendiente, el tintineo de las rodelas y machetes, las invocaciones a Santa María de la Esperanza y los hurras a España, van perdiéndose a lo lejos. En brazos de los suyos, de sus fieles soldados, de sus hijos, porque a como tales los ama, el valeroso don Gonzalo agoniza y ya no puede tenerse sobre su caballo ni soportarse en pie. Seguros están todos de que su conductor habrá de quedar devorado por uno de aquellos horrendos tremedales.

Lo demás todos lo sabemos. Aquí está, desde el 6 de agosto de 1538, su hija predilecta Santafé de Bogotá, “la tierra buena, la que pone fin a nuestra pena”, anhelante de seguir la ruta que le señalara el héroe, tantas veces olvidado.